

miento. Su confección no ha sido bien madurada. De otra manera no es posible comprender tantas inexactitudes, en lo que se refiere a los detalles. A muchos de los escritores jóvenes les aumenta considerablemente la edad, suprime nombres de libros o los transcribe mal. Ahora, algunas selecciones son muy incompletas, cuando no desafortunadas. Y por no caer en un lugar común—inevitable tratándose de una antología—no diremos que hay muchos nombres de más, sobre todo en el «Segundo Círculo: 1905 a 1920»—como clasifica Azócar—y algunos en los nuevos.

Sin embargo y, a pesar de todos estos reparos, La Antología de Rubén Azócar es merecedora de una amplia difusión, pues en su género es lo más completo que se haya hecho hasta ahora en Chile.—*Arturo Troncoso.*

BIOGRAFIA

NIETZSCHE, por *Daniel Halévy.*

He aquí un libro (1) que yo recomendaría a todo joven aficionado a las letras y a los estudios filosóficos. La lección que de sus páginas se desprende es más una lección de ética que de filosofía; más de vida que de doctrina. Nietzsche padeció mucho por sus propios sufrimientos físicos y por la persecución encarnizada de los filisteos que se encarnizaron en su obra y en su pensamiento. La vida del filósofo solitario viene a ser así el paradigma de

(1) Madrid, 1931.

la existencia consagrada al cultivo de la inteligencia y a la elucidación de los grandes problemas morales. Halévy ha visto claramente el contenido de la vida de Nietzsche, y su libro es un resumen concienzudo y exacto de los principales hechos que acaecen al filósofo alemán en el breve lapso de su vida consciente y una alusión muy rápida a los años de su locura y postración finales.

La trayectoria de Nietzsche se anuncia clara en una de las primeras anécdotas de su juventud. Nietzsche, adolescente, ha conseguido una beca para estudiar en Pforta sus humanidades. Un día se trata allí de Mucio Scévola, y los compañeros de Nietzsche creen inverosímil el sacrificio de aquél:

«Ningún hombre tendría el valor de poner su mano al fuego», opinan aquellos críticos juveniles. Nietzsche no se digna contestar, pero coge de la estufa un carbón ardiente y lo coloca en la palma de su mano. Toda su vida hubo de conservar la cicatriz de esta quemadura... (Pág. 30-31).

El hombre que en plena adolescencia es capaz de dominar en esta forma su voluntad y que tan agudamente siente la necesidad de heroísmo, debía llegar muy lejos en el apartamiento del hombre y en la disección de los valores morales. Los hechos posteriores de la vida de Nietzsche no hacen sino corroborar la enseñanza de esa anécdota de muchachos.

Nietzsche, acorralado por sus colegas los profesores, que lo encuen-

tran poco serio por sus aficiones literarias, abandona, poco a poco, sus estudios filológicos para consagrarse a la filosofía. Vive entonces una larga etapa de desorientación, el período wagneriano que le iba a ser difícil sacudir, Wagner es en esos días el hombre más brillante de Alemania, y Nietzsche es uno de los más eminentes miembros de la corte que acompaña a ese fantoche en sus intentos—que hoy nos parecen tan absurdos—de reconstrucción artística. Durante varios años, Nietzsche busca afanosamente aquí y allá antecedentes estéticos y filosóficos para cohonestar las fantasías insostenibles de su ídolo. Los encuentra y los acopia en libros y folletos que el maestro lee con deleite primero y luego con estupefacción. En efecto, llega un momento en que el discípulo, atento a su *demón* íntimo, va revelando casi sin darse cuenta él mismo, su disenso. Wagner rompe entonces con él, y la amistad no puede reanudarse, a pesar de varios esfuerzos hechos en ese sentido.

En realidad es necesario que Nietzsche se vaya desligando de muchas cosas para que pueda entrar a pie firme en el verdadero terreno que le marca el destino. No sólo ha debido dejar a Wagner, que es una admiración; también ha debido dejar las clases universitarias, que eran el pan y la gloria docente. Libre ya, comienza su peregrinación de varios lustros en un perímetro reducido tal vez, pero luminoso. Desde la alta Engadina, en que Nietzsche vive largas temporadas, hasta las tierras de Italia en que gusta aspirar de cuando en

cuando el *patos* violento de la vida meridional, mezclado al soplo del sirocco africano, hay poca distancia geográfica. Por allí deambula el filósofo incesantemente atenaceado por sus solitarios pensamientos, y en esos pascos planea sus libros fundamentales. Es en verdad un poco exagerado hablar de libros, ya que las enfermedades le impiden dar forma estructurada a las ideas que dispersas afluyen a su imaginación y que capta en breves papeles, guardados con la esperanza de reunir más tarde. No hay desarrollo coherente ninguno, y libros como *Aurora* parecen más bien el diario de un filósofo y el borrador de un libro, que el sistema de un intérprete del universo.

Todo esto hasta 1889, año en que Nietzsche, que había estado dando muestras de rareza y de extravagancia cada vez mayores a sus íntimos, cayó lisa y llanamente en la locura. Perdió por entero la memoria, y como niño pequeño debió ser cuidado por su madre, que siempre lo idolatró y que sufrió mucho al verlo perder la fe y, sobre todo, atacar la moral cristiana. Dicen que a veces, ante algunos de sus amigos más viejos, destrozados de emoción, que querían hacerle recordar algo de los años de su ya hundida lucidez, Nietzsche balbucía como infante:

—Sí, yo creo que escribí algunos libros, hace tiempo...

Había vuelto para él la noche lúgubre, la noche de los espantos, pero también del nirvana. La noche que no tiene mañana cantada por los poetas.

* * *

La traducción de esta obra, esmeradamente hecha, se debe a Ricardo Baeza y Jorge Zalamea; el primero suscribe además una nota preliminar que informa sobre Daniel Halévy y anuncia la preparación de un libro sobre la obra filosófica de Nietzsche, que tenemos entendido escribirá en Chile, a donde acaba de llegar como Embajador de la República Española.

Desgraciadamente, la corrección de pruebas de este libro ha sido muy descuidada, y en las tablas de los contemporáneos de Nietzsche que completan la obra, se registran considerables errores que sería oportuno corregir en alguna forma. Conviene llamar la atención sobre ellos al propio Ricardo Baeza, pulcro editor de libros literarios que no quedará seguramente aparecer como cómplice de tales deslices.—*R. Silva Castro.*

ANTOLOGIA

HISTORIA DE LA LITERATURA Y ANTOLOGÍA ESCOLAR HISPANOAMERICANA,
por *Juan C. Zorrilla de San Martín*

El autor de este libro, si no estamos errados, desempeña la cátedra de historia literaria en el Colegio de San Ignacio de Santiago. Esta obra (1) es fruto, por tanto, de sus desvelos en pro de la enseñanza y refleja el rumbo que a ella ha impreso el autor. Por tratarse de un eclesiástico se entenderá que en el libro domine un criterio de estrecho sectarismo. En la parte de las letras chilenas, la única que hemos tenido paciencia de recorrer en este libro, el autor hace la apología sólo de los escritores católicos, ataca—no siempre con buenas razones—a los de fe vacilante o nula y distribuye a su capricho los galardones, sin atender en absoluto a la voz de la crítica. De este modo, los alumnos del Colegio de San Ignacio abandonan las aulas con un conocimiento no sólo imperfecto sino arbitrario de las letras chilenas. Las figuras que ellos han visto recibir el incienso de las lecciones de sus maestros no son las mismas que efectivamente despiertan la atención de las gentes fuera del Colegio.

Todo esto, con ser mucho por lo que entraña de falseamiento de la verdad, no es nada junto a otros deslices en que incurre el autor. Me refiero a los errores de hecho que he anotado en una somera y rápida lectura de este libro. Ruego al lector me dispense si mi trabajo no tiene mayor amenidad: el libro que lo origina no permite expansiones más delicadas.

(1) Ediciones de Nascimento, Santiago.